

Revistas cómicas

(OH, LA CAZA)

Dicesme, amigo Philos, que tus deseos,
la ambición que quisieras ver satisfecha,
es trasladarte al monte, «con los arreos»,
ahora que acaba el tiempo de la «pelecha».

Deja campo á mi asombro, querido Philos,
que halle tus aficciones exageradas;
ya que eres un modelo de hombres tranquilos
y de hombres de costumbres morigeradas.

«La caza! En ella fundas tus alegrías?
en estación propicia tu pecho inflama;
para ser mensajera de pulmonías....
ó para, cuando menos, mandarte á Alhama.»

«¿Que no he probado; dices, sus excelencias?
Dos años fui devoto de San Humberto,
y, con perdón del Santo, son mis creencias,
de que si echo otra albadá, me quedo yerto.»

«Si tu afición ataco, daré comienzo;
tus locas ilusiones, quitarte quiero;
¿Qué llevamos jugado, que te convezno?
Ataquemos por «puestos»: «puesto» primero.»

Quando estás en lo mejor
que yo llamo, de la caza,
en dulce y plácido sueño
arrebujado en tu manta,
gozando el tibio calor
con que te brinda la cama,
—«Señorito, que ya es hora»—
oyes que te grita el guarda,
—«Hace su majá de frío,
(un gris traidor que rebana),
también cae una moyínica
mu güena pa el puesto de alba».
—¿Qué puesto echaré?—preguntas;
—«Ahí de zaga é la serrata.
—¿Está cerca?—Sí; hay denantes»,
(una legua, pero larga).

—Ya estoy vestido: los ganchos,
trae la escopeta, la manta,
el pájaro, los cartuchos....
—¿Estamos listos? En marcha.
—No hace mal tiempo.—En efeto;
está la mañana blanda.—
Para ganar las alturas
aciones que cruzar la rambla,
que.... te llega escasamente
á las rodillas el agua.
Subes echando los bofos
con tu zurrón á la espalda,
dando tal cual batacazo
y expuesto á romperte el alma.
—Miusté el puesto; señorito;
yo me voy pa la solana
y gorberé á recogello:
«Buena suerte: Mucha caza.»
Metés la jaula en el acho,
después de quitar la escarcha,
y te cuelas en el puesto
más fresco que una garrafa.

Pones el codo en la piedra,
la cobija por almohada,
y el cañón de la escopeta
por la tronera lo sacas,
á la que adhières la oreja
por notar si el monte canta.

En esta airosa postura
oyes allá en lontananza
un susurro, precursor
del templado «trasmontana»
que va acreciendo en «remor»
hasta huracán que desvasta.
El acho se viene abajo,
el puesto te decalabra;
tu gorra, lanzada al éter,
traspone por la serrata,
y la manta se te enreda,
y un peñón gordo te aplasta.

«Ves llegar, hendiendo el aire,
una rama de carrasca,
que al chocar con tu cabeza
hace una criba tu cara.»

Como Dios te dá á entender
cuelgas turbado á tu espalda,
torta de plumas y alambres,
que fueron pájaro y jaula;
y.... asendereado y maltrecho
empresas la caminata,
con el cuerpo hecho un desastre,
con la cara hecha una máscara;
pero.... henchido y satisfecho:
que en cazadores de fama,
es un baldón, una miengua,
no echar el puesto del alba.

M. Manchón Carrasco.

A LA BELLA SEÑORITA.....

SONETO

La noche de mi duda desaparece
y hermoso cual ninguno nace el día.
En torno de mi vida, la alegría
animándolo todo, brota y crece.

El sol de nuestro amor ya resplandece
inundando en su luz al alma mía,
que admirando tu imagen se extasia
y henchida de ventura desfallece.

Ya sabes que en tu amor cifro mi cielo;
que no puedo vivir sin adorarte;
que eres mi ángel de paz y de consuelo;
que muero de placer al contemplarte,
y es mi sola ilusión, mi único anhelo
esclavo de tu amor, idolatrarte.

F. MESAS.

SEGUIDILLA

De la vida á la muerte
hay un camino
que, ya largo, ya corto,
todos seguimos.
¡Dichoso el día
que, al hacerlo, conmigo
venga mi niña.

José Burgas

El fantasma del castillo

CUENTO
(Continuación)

—¡Oh, dime—insistió ella—dime por
piedad la causa de ese mal humor, que
hace algunos días vengo notando en tí;
dímelo, que aunque la realidad resulte
espantosa, la prefiero á la incertidum-
bre!

—Pues, escúchame; te lo voy á con-
tar todo, y tú después juzgarás, si los
motivos de mi impaciencia, si la causa
de mi tristeza, tienen ó no justificación:
muchas noches, cuando lleno el corazón
de gozo y el alma de alegría, salgo de
la casa de mis padres, para dirigirme á
tu lado, y así pasar las mejores horas
de mi vida; cuando abstraído por com-
pleto mi pensamiento de todas las co-
sas del mundo, y fijo solamente en tí,
que eres la única ilusión de mi alma; to-
mó la senda que conduce á esta mora-
da, que guarda entre sus muros el tesoro
de mi corazón; cuando lleno de im-
paciencia y de amor, voy llegando á es-
tas cercanías, una sombra, desprendién-
dose de súbito de las paredes de este
castillo, desaparece veloz, dejándome el
alma llena de dudas y zozobras, y lle-
vándose en su vertiginosa y casi invis-
ble carrera parte de mi dicha y felici-
dad; muchas veces, ciego de ira, me he
lanzado en su persecución por donde
emprende su marcha, pero mi empeño
en darle alcance, es inútil; después de
cierto tiempo desaparece, dejándome
corrido y desesperado: juzga tú mi im-
paciencia, cuando al pensar en tu amor,
la voz de los celos se levantaba despiá-
dada y potente en mi corazón, dicién-
dome: «Ese fantasma viene á robarte la
felicidad».

La encantadora niña había escuchado
llena de espanto y ansiedad, aquella ra-
ra é incomprensible historia causa de la
desgracia de su querido Alfredo, que á
no haberla oído de sus labios jamás hu-
biese creído; pero se lo decía él, y sus
palabras eran para ella artículos de fé.

—¡Oh, mi amado—replicó Elisa—des-
pués de oírte comprendo perfectamente
que tu impaciencia tiene en parte fun-
damento, pero tú que me conoces me-
jor que nadie; tú que sabes que todos
los alientos de mi vida son por tí, y co-
noces todos los sentimientos de mi co-
razón, no creo nunca, que me hagas la
ofensa de dudar de mi amor, y la segu-
ridad de que es tuyo (solamente tuyo) de-
be acallar esa voz, que se levanta en tu
alma, potente y despiadada.

SOUHERLAND.

(Se continuará)